



En el mundo de las palabras la ambigüedad presenta graves peligros. Cuando para una misma palabra los significados pueden ser diversos e incluso opuestos, el diálogo entre dos personas podría resultar sin sentido. Dos personas, bien podrían conversar sobre el mismo tema pero pensando diametralmente opuestos y aún así salir complacidos por la similitud de pensamiento que los une.

Dos ejemplos nos ilustrarán mejor. En el diálogo interreligioso un occidental y un oriental debaten sobre el alma. El natural espíritu de concordia les llevará a alegrarse con la aparente similitud de pensamiento entre el cristianismo y el orientalismo. Específicamente han dialogado sobre el alma y la meditación. Sin embargo la realidad los opone dramáticamente.

El cristiano sabe que el alma es el principio espiritual de la realidad dual del hombre. Es decir, que cada hombre se compone a un mismo tiempo de cuerpo y de alma. Ambos principios obedecen leyes y mantienen propiedades específicas. Al momento de su muerte - fruto del pecado original - el alma se separará cruentamente de su cuerpo por el tiempo que medie entre su defunción y el Juicio Final, cuando otra vez vuelvan a estar unidas. Ambos - cuerpo y alma - residirán eternamente en el lugar donde el alma había sido destinada en su juicio personal.

La meditación, por su parte, es un ejercicio de la razón que se aplica sobre un punto de fe y lo desarrolla a su máxima expresión, razonando y comprendiendo sus implicaciones morales o las realidades sobrenaturales que encierra. Luego mueve a la voluntad a querer y obtener esto que ha comprendido como mejor y más apropiado para salvar su alma.

El oriental piensa y entiende algo completamente distinto. El no entiende al hombre como una creación gratuita fruto del Amor de Dios. En su orgullo entiende que el hombre es Dios mismo fragmentado en una pequeña y ridícula persona que se cree distinta de las otras criaturas. El alma es una partícula de Dios que está dormida. Vive en un sueño donde se cree individual y distinto al resto. La vida espiritual y la meditación son medios para "despertar" o "iluminar" al hombre. La meditación oriental consiste en "vaciar" la mente de pensamientos e intentar sentirse dioses, o más bien Dios, que observa las absurdas ensoñaciones que hacen sufrir al individuo. Dios no obra por amor sino que es - en el fondo - un ser que se divierte jugando consigo mismo, arrancándose pedazos de Si y encerrándolos en la materia y obligando al hombre a soñar con este sueño de ser una persona. Él - el Dios oriental - está por encima del bien y del mal, etc.

El segundo ejemplo lo obtendremos de la espera política. Dos políticos lanzan sendos discursos en el foro del Parlamento previa campaña electoral. Uno es republicano, el otro comunista. Ambos hacen gran fuerza en la necesidad de democratizar la sociedad. El pueblo les aplaude como si acaso hubiesen llegado a un gran consenso nacional. Pero el republicano entiende la democratización como extender la participación de todos por medio de muchas votaciones. Votar para todo es su "democratización". El comunista, sin embargo, no piensa igual. Para él "democratizar" consiste en incluir a los trabajadores en las instituciones de gobierno. No tiene nada que ver con votos o escuchar la opinión de la gente. Así han gobernado - y gobiernan - en todos los países sometidos a su secta. Si acaso pudiesen coincidir con la exigencia de votaciones, sólo será para poder utilizar la votación como instrumento de acceder al poder. Con las riendas en las manos es otro su modo de actuar. El pueblo, sin embargo, escucha las mismas palabras, pero no comprende que hablan de cosas distintas. El juicio de los medios de comunicación, lamentablemente, será de haber llegado a un gran consenso nacional en torno a la democratización. En éste caso, la palabra carece de sentido, está vacía.

Pues bien, algo similar ocurre en torno a la globalización y la antiglobalización.

### **La República Universal: un viejo sueño de las sectas anticatólicas**

En las reiteradas condenas que la Santa Iglesia ha venido haciendo a la Masonería y demás sociedades secretas, un punto candente ha sido el problema de la República Universal. (ver principalmente la Encíclica *Humanum Genus* de S.S. León XIII del 20 de abril de 1884, "Bonne Presse", paría, vol. I, pp. 242-276, y enseñanzas similares)

Ésta se presenta como contraste de sombra a lo que llegó a ser el florecimiento de un orden cristiano que no llegó a madurar: la Cristiandad medieval.

S.S. León XIII la describe así en *Inmortale Dei*: "*Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En esa época la sabiduría cristiana y su virtud divina penetraban las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, todas las categorías y las relaciones de la vida civil. Entonces la religión instituida por Jesucristo, sólidamente establecida en el grado de dignidad que le es debido, era floreciente en todas partes gracias al favor de los príncipes y a la protección legítima de los magistrados. Entonces el Sacerdocio y el Imperio estaban ligados entre sí por una feliz concordia y por la permuta amistosa de buenos oficios. Organizada así, la sociedad civil dio frutos superiores a toda expectativa, cuya memoria subsiste y subsistirá, consignada como está en innumerables documentos que ningún artificio de los adversarios podrá corromper u obscurecer*".

La República Universal quiere a cambio fundir en un todo igualitario y anticristiano al mundo entero. Quiere forzar a los pueblos a mezclarse como en una gran

licuadora para formar un pueblo universal que no reconozca naciones ni particularidades propias de sus psicologías, vocaciones y familia de almas. Sin fibra ni osamenta, el hombre microfracturado y amorfo tampoco tendrá religión. La República Universal quiere, por tanto, la desaparición de las religiones y el surgimiento de un sentimiento individual y colectivo de "lo divino" a la suerte de la pseudo-moral laica y descompuesta de fines de milenio. Esta masa idiotizada tampoco tiene ideales ni sentido trascendente. Es inmediatista, ansioso, moralmente liberal, pragmático e indiferente al acontecer mundial. En todo será, en esencia y última consecuencia, anticristiana.

Para ello los propulsores de esta República Universal requieren crear un gobierno mundial. El intento de globalización - camino intrínseco a la república universal - produce este estado de cosas evidente hasta el observador más hedonista y egoísta.

Comparación dramática de lo que la Iglesia, en palabras de San Pío X, en la encíclica *Fermo proposito*, nos enseña sobre la civilización, que "es tanto más verdadera, más durable, más fecunda en frutos preciosos cuanto más puramente cristiana; tanto más decadente, para gran desgracia de la sociedad, cuanto más se substraer al ideal cristiano, por eso, por la fuerza intrínseca de las cosas, la Iglesia se convierta también de hecho en la guardiana y protectora de la civilización cristiana".

### **¿Qué exige el cumplimiento de la República Universal?**

La destrucción de un orden cristiano - Orden por excelencia en cuanto se fundamenta en el Bien y la Verdad en si mismas - requiere la imposición de aspectos de mal y desorden metafísicos esenciales.

A fin de exaltar el orgullo destructor y de paso eliminar cualquier Verdad suprema que rija a los hombres más allá de sus pasiones, necesita establecer en los corazones la igualdad entre los hombres y Dios. Así lo afirman sus teorías panteístas y esotéricas. Y para quienes no quieren sostener la ridiculez de hombres iguales a Dios, les propone el ateísmo y el laicismo que Le niegan o proponen vivir como si Dios no existiese, Sin Dios no hay fundamento personal y social sostenible. Prevalecerán, sin este Pilar, los principios liberales de los enemigos de la Iglesia y el bien común.

Consecuencia de lo anterior, requerirán asimismo de la igualdad en la esfera eclesiástica. Toda autoridad se vuelve una carga insoportable para el hombre orgulloso y autosuficiente. Si apenas tolera las limitaciones necesarias de vivir en sociedad, la jerarquía eclesiástica, reflejo del orden dispuesto por Dios para toda la Creación, se torna insufrible y anti-igualitaria. La pseudo-"conquista" de la Revolución Francesa y del Comunismo se ve violada por esta organización monárquica que habla respeto así como de superiores e inferiores.

Trasladados al campo social, estos principios implicarán la destrucción de lo que antes fueron sus promesas y necesidades "libertarias". Primero exigieron la libertad religiosa y atacaron a la Iglesia por proclamarse única poseedora de la Verdad, a modo de Su Divino Fundador que sostiene "Yo soy el camino, la Verdad y la Vida". Su anticlericalismo demandaba respeto por la diversidad de creencias y hasta de las supersticiones. Ahora requieren de la igualdad entre las diversas religiones. Sostener una verdad es diferenciarse y produce enfrentamientos. Hoy quieren la supresión de la diversidad religiosa en pro de una religión universal, una híbrido de Nueva Era y Carta de la Tierra de la ONU que se imponga por sobre las religiones particulares.

Del mismo modo primero exaltaron el patriotismo, exigieron el derecho a la independencia y al establecimiento de nuevas naciones y gobiernos. Hoy exige la eliminación de diferencia entre el gobernante y los gobernados. La masa se hace obedecer. Pero más allá del exclusivismo de esta parodia de democracia como única forma legítima de gobierno, hoy se quiere la eliminación de las fronteras y del sano patriotismo. En cierto modo, el concepto de soberanía nacional es un reflejo del derecho de propiedad afirmado en los mandamientos de Dios. Sin soberanía no hay más posibilidad que un solo gobierno en el mundo, que lo domine y sofoque todo. Ésta es la igualdad en la esfera política nacional e internacional que persiguen los enemigos de la Cristiandad.

Necesitando adormecer las legítimas aspiraciones de las personas, frutos de las distintas capacidades humanas, este proceso que conduce a la República Universal quiere suprimir toda diferencia y jerarquía. Las modas, la educación, el valor del trabajo, etc. todo es anónimo, plano e igualitario. Se trata, entonces, de suprimir toda estructura de la sociedad.

Esto implica la ya evidente y progresiva abolición de los cuerpos intermedios, instituciones típicamente cristianas. Entre el Estado y el individuo dejan de existir organismos que medien y que satisfacen sus necesidades inmediatas. Todos los individuos quedan aislados en idéntica igualdad ante el Estado omnipotente. Dejan de existir gremios, asociaciones, agrupaciones y sociedades que intermedien unas con otras ascendiendo en jerarquía hasta las más altas esferas, sin cambios traumáticos. Para la República Universal la familia se encuentra en la mira prioritaria a destruir, pero mientras no consiga abolirla, intentar la desprestigiarla, rebajarla y mutilarla tanto como tenga medios a mano.

## **Globalización y antiglobalización**

Los recientes encuentros en Davos y Porto Alegre han puesto el problema de la globalización una vez más en el tapete.

En trabajos anteriores hemos demostrado la génesis del sistema neoliberal en la

revolución protestante. En ella queda asentado el espíritu individualista y el afán de lucro material. Recordemos que para el espíritu protestante el hombre está predestinado a perderse o salvarse. De aquí la importancia de enriquecerse como signo de ser "bendito por Dios". El pobre ya está condenado en vida.

Conforme a las corrientes "duras" del protestantismo, pese a que se incentivaba la acumulación de riquezas, esta fortuna no significaba nunca un medio para disfrutar de los legítimos placeres de la vida. Por el contrario. Al modo de los protestantes puritanos norteamericanos que huyeron de las persecuciones protestantes inglesas, el hombre hijo del protestantismo acumula dinero sin gastar. Sólo acumula grandes cantidades. Sus hijos amasan con un poco de "libertinaje" y se permiten los lujos que caracterizaron el novecientos. Las generaciones siguientes fueron conservando ciertas propiedades culturales si bien se fueron alejando de la ideología de sus padres. Hoy son radicalmente consumistas, pero protestantemente capitalistas. Es una generación si ideales, aburrida, hedonista, sensual, egoísta, liberal.

Sin detenernos en los acontecimientos históricos que dieron forma al mundo contemporáneo, debemos recordar las grandes batallas que se dio entre la herejías protestante y la Santa Iglesia en sus consecuencias sociales. El protestantismo rescataba la usura que la Iglesia había condenado. El desmedido afán de lucro que dio origen a la revolución industrial fue advertido y luego reparado por la Esposa de Cristo. Fue precisamente en los países protestantes donde se desarrolló el capitalismo industrialista. A su paso por tierras cristianas, la Iglesia enseñó la Verdad, protegió a los trabajadores víctimas de una explotación como nunca antes conocieron tiempos cristianos. Fueron los políticos católicos conservadores quienes legislaron y promovieron leyes que suavizaron las condiciones de trabajo, dieron dignidad a los obreros y crearon instituciones de protección social que remediasen los desastres que esta corrupción moral imponía.

No digamos más del asunto. Baste traer a memoria la enseñanza tradicional de la Iglesia sobre el sueldo del trabajador. Ésta exige que sea justo, digno y familiar. Esto es, que sea justo en cuanto al tipo y función que cumple en la producción. No sería justo si se trabajador se agota bajo pesadas cargas y su remuneración es ínfima o si su trabajo es inexistente y su paga es enorme. El salario debe ser, además, digno, es decir, atender a la dignidad del hombre. No puede humillarle ni rebajarle. Debe atender a su posición, jerarquía y estado. Por este motivo el salario debe permitir que el trabajador ascienda socialmente, mejore su calidad de vida. El salario no puede suponer, por sí mismo, un empobrecimiento o mantenimiento indeterminado en su estado socio-económico. Finalmente diremos que debe ser familiar, esto es, debe permitir la manutención de la familia, impidiendo la disolución de ésta por la necesaria partición de trabajos a fin de reunir lo necesario para que sobreviva el conjunto.

Esta es la enseñanza de la Iglesia. La mencionamos para contrastar el espíritu católico aplicado a las cosas.

Pero ha sido precisamente el espíritu anticristiano el que ha triunfado. La armonía entre clases sociales basada en carismas, vocaciones, capacidades, virtudes, etc. ha sido reemplazada por una mera cuestión de posesión de riquezas, hasta elevar a niveles antinaturales la brecha entre ricos y pobres. El sistema actual promueve, naturalmente, la desesperación de las clases menos favorecidas. El desempleo a nivel mundial, la pobreza extrema que afecta a vastas zonas de la tierra, la reducción de los sueldos y el aumento de la jornada laboral, entre otras, son realidades universales.

A esto se debe sumar la tendencia de la economía a constituirse por grandes fusiones de capitales que dejan en una ridícula posición a cualquier competencia, Dramática será, entonces, la situación del productor local y aislado. La formación inorgánica del sistema hace que hoy en día la experiencia común del trabajador sea de nula relación y aún desconocimiento de los dueños de las compañías para las que trabajan.

La globalización representa, en estos términos, un desastre creciente y destructivo en cuanto no implica solamente una amenaza en términos económicos (planteamiento común y casi exclusivo en el análisis), sino también y por sobre todo, culturales y religiosos.

Ante este panorama, ¿es legítimo el antiglobalismo sonoramente reunido en Porto Alegre, Brasil, y proclamado en todos los medios de comunicación de intelectuales de izquierdas adormecidas? No. Para el católico la respuesta es un No enfático y rotundo.

### **¿Qué se esconde tras el antiglobalismo?**

Respaldados por numerosos medios de comunicación "alternativos", por una red global de ONG's y organismos similares, por escritores e intelectuales agonizantes, el movimiento de disidencia contra el sistema parece ser una alternativa válida.

Sin embargo, la crítica contra el sistema neoliberal se basa, centra y justifica en un solo punto: en un desesperado intento por resucitar al socialismo y al comunismo aparentemente muertos tras la autoproclamada "victoria" del capitalismo tras la caída del muro de Berlín.

Sus disparos se dirigen al concepto mismo del capital. Sus críticas no sólo no son novedosas sino que cargan el peso de recién venir a denunciar hoy lo que la Iglesia censuro hace siglos. Y aún hoy siguen siendo parciales.

El problema de la globalización no es que prolonga el derecho de propiedad. La globalización no es mala por promover las diferencias económicas y sociales. La globalización no es condenable porque acabó con el comunismo.

Centrar todo el peso en estos aspectos, como hace esta corriente de crítica social-comunista, es denunciarse a sí mismos como ideólogos de una siniestra aventura que no supo ni quiso producir más que miseria, esclavitud y vergüenza. En este sentido no es lícito adherir a las demandas antiglobalistas que hipnotizan a los medios de comunicación por estos días.

### **Para el católico: vivir la fe con espíritu de cruzada**

El católico tiene el imperativo procurar el Reino de Dios en la Tierra. En cuanto católico tiene el derecho y el deber de extender los sagrados principios enseñados por la Santa Iglesia a todos y cada uno de sus campos de acción.

Como se ha visto, la postura del católico no es ni globalista ni antiglobalista en el sentido arriba dado. Esto no quiere decir que debemos asumir una postura intermedia a la manera que algunas variantes socialdemócratas han pretendido.

Seamos claros: no se puede contrastar el capitalismo (forma de producción, lícita en si misma) con el socialismo (ideología igualitaria ilícita en si misma). Si acaso criticamos, serán los excesos. Un punto intermedio entre una verdad y una mentira siempre será una mentira. Entre el error y la verdad siempre será un error.

A esto podemos decir que para el católico la salida está en un espíritu de evangelización con nobleza y convicción de que está en lo correcto y que puede demostrarlo. Ni la globalización ni el socialismo pueden demostrar haber funcionado bien siquiera un día. Son frágiles y antinaturales. El católico puede demostrar con hechos que se prolongan por siglos, por dos milenios, cómo su influencia y organización de las cosas siempre resulta en bien y prosperidad para todos.

Resaltamos como proféticas las palabras del papa beato Juan XXIII : " Nos os decimos, además, que en esta hora terrible en el que el espíritu del mal busca todos los medios para destruir el Reino de Dios, debéis poner en acción todas las energías para defenderlo, si queréis evitar a vuestra ciudad ruinas inmensamente mayores que las acumuladas por el terremoto de cincuenta años atrás. ¡Cuánto más difícil sería entonces el resurgimiento de las almas, una vez que hubiesen sido separadas de la Iglesia o sometidas como esclavas a las falsas ideologías de nuestro tiempo!" (Radiomensaje del 28.XII.1958, a la población de Messina, en el 50º aniversario del terremoto que destruyó esa ciudad - in "L'Osservatore Romano", edición semanal en lengua francesa del 23.I.1959)

Palabras de ciudades destruidas y sufrimientos para los fieles y el Santo Padre que a muchos se han antojado proféticas a la luz de la visión del tercer secreto de Fátima, recientemente dado a luz por paternales instrucciones del Santo Padre. ¿Cómo no tener, entonces, motivos de alegría y serena esperanza al contemplar

reverentes la materna mirada de María que nos dice primero por el Ángel de la Paz: "¡No teman!" y luego agregará "Cuando todo parezca perdido... por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará!"

Más temas interesantes para el católico: [Cristiandad.org](http://Cristiandad.org)

Artículo relacionado con el tema: [Claves para dar un rostro humano a la globalización](#)

Si tienes alguna duda, conoces algún caso que quieras compartir, o quieres darnos tu opinión, te esperamos en los [foros de Catholic.net](#) donde siempre encontrarás a alguien al otro lado de la pantalla, que agradecerá tus comentarios y los enriquecerá con su propia experiencia.